

ó me volvería á la ciudad, pues por todas partes hallaba insuperables embarazos. En el campo temía el hambre, las inclemencias del tiempo y la lobreguez de la noche; y en la ciudad temía la cárcel, y un mal encuentro con Chanfaina ó el maestro barbero; pero por fin, á las oraciones de la noche venció el miedo de esta parte, y me volví á la ciudad.

A las ocho estaba yo en el portal de las Flores, muerto de hambre, la que se aumentaba con el ejercicio que hacia de tanto andar. No tenia en el cuerpo cosa que valiera más que una medallita de plata que habia comprado en cinco reales cuando estaba en la barbería: me costó mucho trabajo venderla á esas horas; pero por último, hallé quien me diera por ella dos y medio, de los que gasté un real en cenar y medio en cigarros.

Alentando mi estómago, solo restaba determinar donde quedarme. Andaba yo calles y más calles sin saber en donde recojerme, hasta que pasando por el meson del Angel oí sonar las bolas del truco, y acordándome del *arrastraderito* de Juan Largo, dije entre mí: no hay remedio, un realillo tengo en la bolsa para el coime: aquí me quedo esta noche, y diciendo y haciendo me metí en el truco.

Todos me miraban con la mayor atención, no por lo trapiento que otros habia allí peores que yo, sino por lo ridículo, pues estaba descalzo enteramente: calzones blancos no los conocia: los de encima eran negros de terna, parchados y agujereados: mi camisa despues de rota estaba casi negra de mugre; mi chupa era de angaripola, rota y con tamamos florones colorados: el sombrero se quedó en casa, y despues de tantas guapezas tenia la cara algo estravagante, pues la tenia ampollada y los ojos medio escondidos dentro de las vejigas que me hizo el agua hirviendo.

No era mucho que todos notaran tan estraña figura; más á mí

no se me dió nada de su atencion, y hubiera sufrido algun vejámen á trueque de no quedarme en la calle.

Dieron las nueve: acabaron de jugar y se fueron saliendo todos, ménos yo, que luego me comedí á apagar las velas, lo que no le disgustó al coime, quien me dijo: amiguito, Dios se lo pague; pero ya es tarde y voy á cerrar, váyase vd. Señor, le dije: no tengo donde quedarme, hágame vd. favor de que pase la noche aquí en un banco, le daré un real que tengo, y si más tuviera más le daria.

Ya hemos dicho que en todas partas, en todos ejercicios y destinos se ven hombre buenos y malos, y así no se hará novedad de que en un truco y en clase de coime, fuera esto de quien hablo un hombre de bien y sensible. Así lo espermenté, pues me dijo: guarde vd. su real, amigo, y quédese norabuena. ¿Ya cenó? Sí señor, le respondí.—Pues yo tambien. Vámonos á acostar. Sacó un zarape, me lo prestó y miétras nos desnudamos quiso informarse de quien era yo y del motivo de haber ido allí tan derrotado. Yo le conté mil lástimas con tres mil mentiras en un instante, de modo que se compadeció de mí, y me prometió que hablaria á un amigo boticario que no tenia mozo, á ver si me acomodaba en su casa. Yo acepté el favor, le dí las gracias por él y nos dormimos.

A la siguiente mañana, á pesar de mi flojera, me levanté primero que el coime, barrí, sacudí é hice cuanto pude por granjearlo. El se pagó de esto, y me dijo: voy á ver al boticario; pero ¿qué haremos de sombrero? Pues en estas trazas que vd. tiene, está muy sospechoso. Yo no sé qué harè, le dije; porque no tengo más que un real, y con tan poco no se ha de hallar; pero mientras vd. me hace favor de ver á ese señor boticario, ya vuelvo.

Dicho esto, me fuí, me desayuné y en un zaguan me quité la chupa y la ferié en el baratillo por el primer sombrero que me die-

el cuerpo." Muy bien, dijo el amo, según eso, sabrás qué significa el rótulo de esa redoma. Dímelo. Yo leí *Oleum vitellorum oorum*, y dije: Aceite de yema de huevos. Así es, dijo D. Nicolás, y poniéndome botes, frascos, redomas y cajones, me siguió preguntando: ¿y aquí qué dice? Yo, según él me preguntaba respondía: *Oleum escorpionum*. Aceite de alacranes..... *Aqua menthae*. Agua de yerba buena..... *Aqua petrocelini*. Agua de perejil..... *Sirupus pomorum*..... Jarabe de manzanas..... *Unguentum cucurbitae*..... Ungüento de calabaza..... *Elixir*..... Basta, dijo el amo; y volviéndose al oficial le decía: qué dice vd. D. José, ¿no es lástima que este pobre muchacho esté de mozo pudiendo estar de aprendiz con tanto como tiene adelantado? Sí señor, respondió el oficial, y continuó el amo hablando conmigo: pues bien hijo, ya desde hoy eres aprendiz: aquí te estarás con D. José y entrarás con él al laboratorio para que aprendas à trabajar, aunque algo sabes por lo que has visto. Aquí está la Farmacopéa de Palacios, la de Fuller y la Matritense: está también el curso de Botánica de Lineo y ese otro de Química. Estudia todo esto y aplícate, que en tu salud lo hallarás.

Yo le agradecí el ascenso que me había dado subiéndome de mozo de servicio à aprendiz de botica; y el diferente trato que me daba el oficial, pues desde ese momento ya no me decía Pedro à secas, sino D. Pedro; más entónces yo no paré la consideracion en lo que puede un exterior decente en este mundo borracho, pero ahora sí. Cuando estaba vestido de mozo ó criado ordinario nadie se metió à indagar mi nacimiento, ni mi habilidad; pero en cuanto estuve medio aderezado, se me examinó de todo y se me distinguió en el trato. ¡Ah vanidad, y cómo haces prevaricar à los mortales! Unas aventuras me sucedían bien y otras mal, siendo el mismo individuo, solo por la diferencia del traje. ¡A cuantos pasa lo mismo en este mundo? Si están decentes, si tienen brillo, si go-

zan proporciones, los juzgan ó à lo ménos los lisongeon por sabios, nobles y honrados, aun cuando todo les falte; pero si están de capa caída, si son pobres y à más de pobres trapientos, los reputan y desprecian como plebeyos, pícaros é ignorantes, aun cuando aquella miseria sea efecto tal vez de la misma nobleza, sabiduría y bondad de aquellas gentes. ¿Qué hiciéramos para que los hombres no fijaran su opinion en lo exterior, ni graduaran el mérito del hombre por su fortuna?

Más estas serías reflexiones las hago ahora: entónces me vanaglorié de la mudanza de mi suerte, y me contenté demasiado con el rumboso título de aprendiz de botica, sin saber el comun refranillo que dice: *Estudiante perdulario, sacristan ó boticario*.

Sin embargo, en nada ménos pensé que en aplicarme al estudio de Química y Botánica. Mi estudio se redujo à hacer algunos menajurges, à aprender algunos términos técnicos, y à agilítarme en el despacho; pero como era tan buen hipócrita, me granjié la confianza y cariño del oficial (pues mi amo no estaba mucho en la botica), y tanto que à los seis meses ya yo le ayudaba tan bien à D. José que tenia lugar de pasear y aun de irse à dormir à la calle.

Desde entónces ó tres meses àntes, se me asignaron ocho pesos cada mes, y yo hubiera salido oficial como muchos, si un accidente no me hubiera sacado de la casa. Pero àntes de referir esta aventura, es menester imponeros en algunas circunstancias.

Habia en aquella época en esta capital, un médico viejo à quien llamaban por mal nombre el Dr. Purgante, porque à todos los enfermos decía que facilitaba la curacion con un purgante.

Era este pobre viejo buen cristiano, pero mal médico y sistemático, y no adherido à Hipócrates, Avicena, Galeno y Averroes, sino à su capricho. Creía que toda enfermedad no podía venir sino de abundancia de humor pecante; y así pensaba que con evacuar

este humor se quitaba la causa de la enfermedad. Pudiera haberse desengañado á costa de algunas víctimas que sacrificó en aras de su ignorancia; pero jamás pensó que era hombre: se creyó incapaz de engañarse, y así obraba mal; más obraba con conciencia errónea. Sobre si este error era ó no vensible, dejémoslo á los moralistas; aunque yo para mí tengo que el médico que yerra por no preguntar ó consultar con los médicos sabios por vanidad ó capricho, peca mortalmente, pues sin esa vanidad ó ese capricho pudiera salir de mil errores, y de consiguiente ahorrarse de un millon de responsabilidades, pues un error puede causar mil desaciertos.

Sea en esto lo que deba ser en conciencia, este médico estaba igualado con mi maestro. Esto es: mi maestro D. Nicolás, enviaba cuantos enfermos podia al Dr. Purgante, y éste dirigia á todos sus enfermos á nuestra botica. El primero decia, que no habia mejor médico que el dicho viejo, y el segundo decia, que no habia mejor botica que la nuestra, y así unos y otros hacíamos muy bien nuestro negocio. La lástima es que este caso no sea finjido, sino que tenga un sin fin de originales.

El dicho médico me conocia muy bien, como que todas las noches iba á la botica, se habia enamorado de mi letra y genio (porque cuando yo queria era capaz de engañar al demonio) y no faltó ocasion en que me dijera: hijo, cuando te salgas de aquí avísame, que en casa no te faltará qué comer ni qué vestir. Quería el viejo poner botica y pensaba tener en mí un oficial instruido y barato.

Yo le dí las gracias por su favor, prometiéndole admitirlo siempre que me descompusiera con el amo, pues por entónces no tenia motivo de dejarlo.

En efecto, yo me pasaba una vida famosa y tal cual la puede apetecer un flojo. Mi obligacion era mandar por la mañana al mozo que barrera la botica, llenar las redomas de las aguas que fal-

taran, y tener cuidado de que hubiera provision de éstas destiladas ó por infusion: pero de esto no se me daba un pito, porque el pozo me sacaba del cuidado, de suerte que yo decia: en distinguiéndose los letreros aunque el agua sea la misma poco importa, ¿quién lo ha de echar de ver? El médico que las receta quizá no las conoce sino por el nombre, y el enfermo que las toma las conoce ménos y casi siempre tiene perdido el sabor, con que esta droga va segura.

A más de que quien quita que ó por ignorancia del médico ó por la mala calidad de las yerbas, sea nociva una bebida más que si fuera con agua natural! Con que poco importa que todas las bebidas se hagan con ésta; ántes el refran nos dice: que al que es de vida, el agua le es de medicina.

No dejaba de hacer lo mismo con los aceites, especialmente cuando eran de un color, así como los jarabes. Ello es que el *quid pro quo*, ó despachar una cosa por otra juzgándola igual ó equivalente, tenia mucho lugar en mi conciencia y en mi práctica.

Estos eran mis muchos quehaceres y confeccionar unguentos, polvos y demás drogas, segun las órdenes de D. José, quien me queria mucho por mi eficacia.

No tardé en instruirme medianamente en el despacho, pues entendia las recetas, sabia donde estaban los géneros y el arancel lo tenia en la boca como todos los boticarios. Si ellos dicen esta receta vale tanto, ¿quién les vá á averiguar el costo que tiene, ni si piden ó nó contra justicia? No queda mas recurso á los pobres que suplicarles hagan alguna baja: si no quieren van á otra botica, y á otra y á otra, y si en todas les piden lo mismo, no hay más que endrogarse y sacrificarse porque su enfermo les interesa y están persuadidos, á que con aquel remedio sanará. Los malos boticarios conocen esto y se hacen del rogar grandemenie, esto es cuando no se mantienen inexorables.

Otro abuso perniciosísimo habia en la botica en que yo estaba, y es comunísimo en todas las demas. Este es que así que sabia que se escaseaba alguna droga en otras partes, la encarecia D. José hasta el extremo de no dar medios de ella, sino de reales arriba; siguiéndose de este abuso (que podemos llamar codicia sin el menor respeto) que el miserable que no tenia mas de medio real y necesitaba para curarse un pedacito de aquella droga, supongamos alcanfor, no lo conseguia con D. José ni por Dios ni por sus Santos, como si no se pudiera dar por medio ó cuartilla la mitad ó cuarta parte de lo que se dá por un real por pequeña que fuera. Lo peor es que hay muchos boticarios del modo de pensar de D. José. ¡Gracias á la indelencia de proto-medicato (1) que los tolera!

En fin, este era mi quehacer de dia. De noche tenia mayor desahogo: porque el amo iba un rato por las mañanas, recogia la venta del dia anterior y ya no volvia para nada. El oficial en esta confianza, luego que me vió apto para el despacho, á las siete de la noche tomaba su capa y se iba á cumplimentar á su madama; aunque tenia cuidado de estar muy temprano en la botica.

Con esta libertad estaba en mis glorias, pues solian ir á visitarme algunos amigos que de repente se hicieron míos, y merendábamos alegres, y á veces jugábamos nuestros alburitos de á dos, tres y cuatro reales, todo á costa del cajon de las monedas, contra quien tenia libranza abierta.

Así pasé algunos meses, y al cabo de ellos se le puso al amo hacer balance, y halló que aunque no habia pérdida de consideracion, porque pocos boticarios se pierden, sin embargo, la utilidad apenas era perceptible.

No dejé de asustarse D. Nicolás al advertir el demérito, y re-

(1) Así se llamaba un tribunal especial compuesto de doctores en medicina que conoia en los negocios de su facultad.—E.

conviniendo á D. José por él, satisfizo éste diciendo, que el año habia sido muy sano, y que años semejantes eran funestos ó á lo menos de poco provecho para médicos, boticarios y curas.

No se dió por contento el amo con esta respuesta, y con un semblante bien serio le dijo: en otra cosa debe consistir el demérito de mi casa, que no en las templadas estaciones del año; porque el mejor no faltan ni enfermedades ni muertos.

Desde aquel dia comenzó á vernos con desconfianza y á no faltar de su casa muchas horas, y dentro de poco tiempo volvió á recobrar el crédito la botica como que habia más eficacia en el despacho; el cajon padecia menos evacuaciones y él no se iba hasta la noche que se llevaba la venta. Cuando algun amigo lo convidaba á algun paseo, se escusaba diciéndole, que agradecia su favor, pero que no podia abandonar las atenciones de su casa, y que quien tiene tienda es fuerza que la atienda.

Con este método nos aburrió breve, porque el oficial no podia pasear ni el aprendiz merendar, jugar ni holgarse de noche.

En este tiempo por no sé qué trabacuentas se disgustó mi amo con el médico y deshizo la iguala y la amistad enteramente. ¡Qué verdad es que las mas amistades se enlazan con los intereses! Por eso son tan pocas las que hay ciertas.

Ya pensaba en salirme de la casa, porque ya me enfadaba la sujecion y el poco manejo que tenia en el cajon, pues á la vista del amo nó lo podia tratar con la confianza que antes; pero me detenia el no tener donde establecerme ni que comer saliéndome de ella.

En uno de los dias de mi indeterminacion sucedió que me metí á despachar una receta que pedia una pequeña dosis de magnesia. Eché el agua en la botella, y el jarabe, y por coger el bote donde estaba la magnesia cogí el en donde estaba el arsénico, y le mezclé su dosis competente. El triste enfermo, segun supe despues, se la echó á pechos con la mayor confianza, y las mugeres de su casa le

revolvían los sientes del vaso con el cabo de la cuchara diciéndole que los tomara, que los polvitos eran los más saludables.

Comenzaron los tales polvos à hacer su operacion, y el infeliz enfermo á rabiarse acosado de unos dolores infernales que le despedazaban las entrañas. Alborotóse la casa, llamaron al médico, que no era lerdo, dijéronle que al punto que tomó la bebida que habia ordenado habia empezado con aquellas ansias y dolores. Entónces pide el médico la receta, la guarda, hace traer la botella y el vaso que aun tenia polvos asentados, los vé, los prueba y grita lleno de susto: al enfermo lo han envenenado: esta no es magnesia sino arsénico; que traigan aceite y leche tibia, pero mucha y pronto.

Se trajo todo al instante y con estos y otros auxilios, *dizque* se alivió el enfermo. Así que lo vió fuera de peligro preguntó de qué botica se habia traído la bebida. Se lo dijeron y dió parte al proto-medicato, manifestando su receta, el mozo que fué á la botica y la botella y vaso como testigos fidedignos de mi atolondramiento.

Les jueces comisionaron á otro médico, y acompañado del escribano fué á casa de mi amo, quien se sorprendió con semejantes vistas.

El comisionado y el escribano breve y sumariamente sustanciaron el proceso, como que yo estaba confeso y convicto. Querían llevarme á la cárcel; pero informados de que no era oficial, sino un aprendiz bizoño, me dejaron en paz cargando á mi amo toda la culpa, de la que sufrió por pena la exhibicion de doscientos pesos de multa en el acto, con apercibimiento de embargo caso de dilacion: notificándole el comisionado de parte del tribunal y bajo pena de cerrarle la botica, que no tuviera otra vez aprendices en el despacho, pues lo que acababa de suceder no era la primera ni seria la última desgracia de que se llorara por los aturdimientos de semejantes despachadores.

No hubo remedio: el pobre de mi amo subió en el coche con aquellos señores, poniéndome una cara de herrero mal pagado, y mirándome con bastante indignacion dijo al cochero que fuera paran, su casa, donde debia entregar la multa.

Yo, apénas se alejó el coche un poco, entré á la tras-botica, saqué un capotillo que ya tenia y mi sombrero, y le dije al oficial: D. José, yo me voy, porque si el amo me halla aquí me mata. Déle vd. las gracias por el bien que me ha hecho, y dígale que perdone esta diablura, que fué un mero accidente.

Ninguna persuacion del oficial fué bastante á detenerme. Me fuí acelerando el paso, sintiendo mi desgracia y consolándome con que á lo menos habia salido mejor que de la casa de Chanfaina y de D. Agustin.

En fin, quedándome hoy en este truco y mañana en el otro, pase veinte dias, hasta que me quedé sin capote ni chaqueta; y por no volverme á ver descalzo y en peor estado, determiné ir á servir de cualquiera cosa al Dr. Purgante, quien me recibió muy bien, como se dirá en el capítulo primero del siguiente tomo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO BETEX"
CALLE 1255 - BOCA